

ser la base de la alimentacion en todas partes la misma (maíz, chile y frijol), y que en todas partes se produce, no daba estímulos ningunos al cambio.

Las consecuencias de este sistema de propiedad se verán en el curso de estas lecciones.

Las leyes de reforma, mandando repartir en propiedad plena las tierras de comunidad, ha reparado los errores de tres siglos: el indio tiene el primer elemento de dignidad social; pero los bienes que de esto deben resultar no se hacen sensibles, porque la tierra, instrumento de trabajo, carece de la concurrencia de otros beneficios que fecundan la produccion.

## LECCION II.

### Produccion.

Aunque parezca cansada y poco oratoria mi manera de comenzar, recordemos algo que es preciso que tengamos siempre presente.

*Riqueza* es la abundancia de cosas que sirven para cubrir nuestras necesidades.

*Utilidad* es la relacion que existe entre nuestras necesidades y las cosas que las satisfacen.

Dividen la riqueza algunos economistas en *gratuita* y *onerosa*, haciendo distinciones análogas de la utilidad.

Llaman riqueza gratuita á la acumulacion de beneficios, sin esfuerzo alguno de nuestra parte ni la intervencion siquiera de la voluntad; está al alcance, la gozan todos los hombres, como el aire, el clima, la luz. . . .

La *onerosa* es aquella que necesita nuestro trabajo para poseer utilidad.

Por grandes que sean los bienes que derivan de la posesion de aquellas riquezas, como no tienen el carácter de propiedad individual, como no son susceptibles de cambio ni de valor, tampoco puede considerarse en la ciencia económica.

La otra sí, porque está dotada de las condiciones expuestas.

Los elementos naturales se consideran entre los agentes de la produccion, porque ellos son esenciales para el trabajo que no puede ejercerse sin un objeto sobre que recaiga, y porque dadas determinadas circunstancias fungen como instrumen-

tos mismos de trabajo. Pero como no los valoriza sino la accion humana, en cuanto ella los asimila á la necesidad, los valoriza y *puede darles el carácter de cambiables.*

Una caída de agua en el desierto no tiene valor; pero si impulsa una rueda motriz, valorizará en cierta manera una maquinaria entera.

Limitemos ahora nuestra explicacion á la idea de la riqueza, debida á la asociacion de nuestra fuerza y nuestra inteligencia para engendrar la produccion.

*Producir*, en la acepcion económica de la palabra, es comunicar utilidad á las cosas.

Indagar cómo se produce la riqueza, cuáles son los instrumentos generales que para ello se emplean, y hacer perceptibles los modos de ser de esa riqueza, tales son los objetos á que debo consagrarme en la presente leccion.

Mucho tiempo invierten los economistas para probar que no es dado al hombre crear á la manera de Dios; que es impotente para pronunciar el *fiat lux*, disipando las sombras del caos y coronando con la aureola del día la frente de la creacion. ¡Esfuerzo inútil!

En la inteligencia comun de la palabra, en su convencion etimológica, se sabe que producir no es crear, y que la creacion misma es ocupar, conducir, trasformar, dar ó hacer aptas para un servicio *útil* las cosas.

Por esto creo que fijándonos en la definicion económica nos desembarazamos de cuestiones inconexas de esta cuestion sencilla.

La riqueza se produce por la ocupacion de una cosa, utilizándola, bien para nosotros, bien para cambiarla por otra cosa *que nos sea útil.*

En esta ocupacion están en ejercicio facultades de que ya tenemos idea: la voluntad, referencia visible á nuestro *yo*, la accion, hija de esa voluntad y signo inequívoco del deseo de satisfacer nuestra necesidad, la adopcion á ella. En último resultado, el *trabajo*, que no es mas que la aplicacion de nuestra inteligencia y nuestra accion ó fuerza á la produccion.

Increible me parece á mí que una sucesion de ideas tan encadenadas y demostrables se haya confundido; ¿será por incompleta? ¿Pero cómo corresponde tan exactamente á nuestras percepciones? Yo creo que es porque siendo en compendio la ciencia económica, la ciencia del trabajo, se ha querido abrazar toda ella ó á lo ménos iniciar en sus relaciones todas á los oyentes ó lectores, y esto produce siempre la confusion. No es posible saber cómo y por qué funciona de tal manera una máquina sin examinar con detenimiento una por una las piezas que la componen.

El hombre que coloca la mano sobre un árbol y la retira despues, ocupó el árbol, pero nada produjo: el que puso la mano y arrancó una rama de la que hizo leña ó un baston, produjo *un valor* si lo empleó en su uso personal; fué *valor estimado* por él si lo cambió por un pan; *fué valor en cambio*; por esto dice Bastiat que *el valor es la relacion que hay en el cambio de dos servicios*: aquí el pan valió tanto como la leña; por esto nosotros, para mejor percibir la idea de valor, decimos:

*Valor es la apreciacion que hacemos del objeto ú objetos que poseemos al darlo en cambio del objeto que necesitamos.*

De la ausencia de esta distincion entre la utilidad personal de una cosa ó estimativa solo por uno, y de la utilidad ó valor en cambio, nace sin duda la teoría de Adam Smith que se ha considerado como trunca.

Smith, en efecto, solo se ocupa de la riqueza cambiable: á esto llama propiamente *produccion* ó trabajo productivo; al trabajo que no da por resultado la aptitud del cambio, lo llama improductivo.

Acaso por tratar Smith de la riqueza de las naciones hizo esa exclusion; no quiso fijarse en las individualidades tratándose del conjunto; ¿pero cómo segregar lo uno y lo otro?

No, las ideas de trabajo y de improductivo son incompatibles. No hay trabajo improductivo . . . y no lo hay, porque no puede concebirse una sociedad de dementes que aplicasen sin objeto su inteligencia y su accion á no producir nada útil.

Por otra parte, no es dado considerar á la ciencia esas apreciaciones privativas del trabajo de hombre por hombre: de ahí depende sin duda la manera de explicarse de Smith.

La falta de distincion que notamos ántes, ha creado otra especie de clasificacion mas sutil todavía, la de la riqueza inmaterial y la material, es decir, la moral y la física. Smith solo se ocupa de esta última.

Cierto es que no es dado al hombre seguir á la mente humana en sus modos varios de adquisicion, por las percepciones, por la retencion, por la combinacion de unas con otras ideas; pero entre esto y negar los tesoros que la inteligencia encierra y derrama, hay una inmensa distancia.

En buena hora que en lo físico el que posea unos anteojos los estime segun la necesidad que tenga de ellos, ó la persona que se los regaló ó el paraje en que los adquirió; en buena hora que á eso se le niegue el nombre de valor; pero no se suprima absolutamente hasta la idea de la existencia en ese objeto.

La valía de una reflexion, de un consejo, del saber en cualquiera de sus acepciones, está bien que no se estime miéntras no se haga perceptible ni se recurra á él; pero una vez en accion ese saber, tiene su valor, segun la necesidad que otro tenga de su servicio; la demanda de él lo valoriza, hay cambio, nace el valor que, como veremos en su última expresion, es el punto de contacto entre la oferta y la demanda, entre ofrecer y pedir...

Comprendo que se haya insistido tanto en la definicion de la riqueza haciendo patente que es la abundancia de objetos para cubrir nuestras necesidades.

Antes de nacer lo que se llamó *la escuela fisiocrática*, el prestigio de las primeras impresiones, el positivismo de los hombres y de los pueblos hicieron considerar el oro y la plata como la verdadera riqueza, como la riqueza por excelencia.

En vano desmentia la historia el absurdo; en vano las edades primitivas representaban al Oriente rico, riquísimo, con sus perfumes y con sus perlas, con su púrpura y con sus dia-

mantes; en vano la preponderancia griega abogaba con su esplendor por las maravillas del arte y de la ciencia.

La improvisacion de fortunas, la omnipotencia de que investia instantáneamente á los poderes de ellas el Nuevo-Mundo, vaciando el cuerno de Amaltea en el regazo de la Europa atónita, todo contribuyó á la renovacion del culto del *dios del siglo*, que tan funesto ha sido para las naciones.

España, como ninguna otra nacion, se entregó á esa idolatría estúpida: ella explica los crímenes de los conquistadores y su barbarie con los indios; ella explica la fiebre de empleos y distinciones que secan las fuentes del trabajo; explica la corrupcion íntima de la administracion, de la religion, del foro, del comercio, de todo el cuerpo social.

Por desdicha, la dominacion de la casa de Austria, que comienza por una loca y termina por un imbécil (Juana y Carlos II), absorbe la mayor parte del período colonial; en ese período se ve que esa España opulenta, que esa monarquía en cuyos límites jamas se ponía el sol, dueña de los mayores tesoros metálicos del mundo, gemia en la miseria, roía sus carnes de hambre, miéntras que á su sombra y por sus desaciertos absorbían el oro, que caía infecundo de sus manos, la Inglaterra y la Francia, la Holanda y la Italia.

Estudiando la filosofía esos fenómenos, se formuló la doctrina de los *fisiócratas*, á cuya cabeza se puso el Dr. Quesnay, médico de Luis XV.

La doctrina de los fisiócratas se reduce á probar que la tierra es la fuente única de produccion: ella vuelve con usura las semillas que se depositan en su seno; ella suministra las materias primeras; ella es, en una palabra, la nodriza de la humanidad, como ántes la habia llamado un ministro eminente.

Segun podemos notar, el sistema fisiocrático fué una reaccion contra *el mercantil*, ó sea la preponderancia del dinero.

Como se ve, el error capital de ese sistema está en no considerar para nada el trabajo ni el capital.

La correccion de esos errores fué reservada á la escuela de

Smith, llamada *industrial*, que es la que en lo general siguen los economistas modernos y de que ya os he dado una breve idea.

Como veis, era necesaria esta divagacion. No será la última; son, por mi desgracia, mi defecto capital. Vdes. váyanse acostumbrando á disimularlas y corregirlas.

La produccion reconoce por origen el trabajo.

Al verificarse se observan constantemente tres fenómenos que se refieren á la fuerza, al modo de aplicacion, al resultado.

Hay economistas que formulan la produccion diciendo que se opera por causa del trabajo que se sirve del capital.

O en otros términos, que es como yo me lo explico, la inteligencia que dispone el instrumento que la auxilia, el obrero que se sirve de ese instrumento bajo la primera direccion.

Say, deseando sensibilizar estas ideas, las personalizó observando que *intervienen en la produccion el sabio, el emprendedor, el obrero. . .*

Sean las que fueren las maneras de explicaciones, nosotros percibimos claramente que se habla de la inteligencia, del capital y de la ejecucion.

Esa observacion que fecunda aconsejando, comparando, disminuyendo el esfuerzo para acercar á la necesidad la satisfaccion, presupone el perfeccionamiento intelectual, se enlaza con la educacion y la enseñanza. Miéntras esta sea mejor, ese primer elemento de produccion será mas apto.

*Capital es el ahorro de la riqueza adquirida para aplicarlo á la produccion futura; ó en otros términos, la riqueza producente.*

El capital está representado, ó por los instrumentos de trabajo ó por los frutos de ese trabajo, aptos para producir nuevos valores.

El dinero, el crédito, las fincas y máquinas en lo privado, en lo público los caminos y canales, los telégrafos, &c., son instrumentos de produccion.

El obrero es un instrumento pensante que necesita del desarrollo moral para perfeccionarse, que se asocia con el sabio

y forma parte del capital, que puede convertirse en capitalista á su vez.

De la bondad de los elementos citados y de las favorables ó desfavorables condiciones en que se encuentren, depende la produccion.

Nótese atentamente que en la division de Say está expuesta una distincion muy metafísica: supone la division de funciones entre el sabio, el capitalista y el obrero, que permite á cada una de esas entidades órbitas, aunque distintas, enlazadas estrechamente. Esto depende acaso de la sociedad que el escritor frances tenia delante de sus ojos.

Esas diversas funciones anticipan nociones sobre la division de trabajo que nosotros aun no explicamos y que en general comprendemos mal.

En nuestra patria, todos los elementos de que hemos hablado, ó han existido y existen muy imperfectamente, ó han existido y existen confundidos de modo que se entorpecen y esterilizan.

El propietario ha sido y es, con pocas excepciones, el poseedor de los conocimientos y del obrero.

Esta sabiduría ha sido la práctica rutinera; de ahí no solo la limitacion de los cultivos y de las empresas, sino del atraso y la resistencia á las innovaciones.

Los propietarios en México casi nunca, sino por distraccion, están en sus negociaciones; las manejan administradores y mayordomos.

Estos, en contacto con sirvientes y peones, saben que tal tierra es *arenisca*, que la otra *barrial* necesita tales beneficios, y tales otras la *de pan llevar*; ¿pero adónde los recuerdos de una enseñanza adecuada? ¿dónde el conocimiento de la mejora?

Los instrumentos se adaptan á las necesidades de la produccion; en muchas partes hay el arado árabe; las máquinas son hoy patrimonio de los poderosos; en la manufactura y la industria fabril se emplean procedimientos mas atrasados que los de los mismos aztecas.

En manos de ese amo emprendedor, sus productos mismos

lo llevan al monopolio, á la concentracion de varias empresas; el hacendado quisiera ser molinero y tener á la vez panadería y almidonería.

El azucarero adhiere la especulacion del aguardiente á su industria. El fabricante de mezcal se hace socio del vinatero ó pone por sí esa otra negociacion.

El obrero, en estas manos ávidas que han monopolizado la inteligencia y el capital, es un instrumento servil; su condicion se parece á la esclavitud.

Esto explica el aprendizaje en el menestral, la prision del panadero, los empeños y la abyeccion del jornalero.

Como las condiciones de competencia son tan desfavorables para los pocos que se emancipan de la dependencia del propietario, sus industrias viven parásitas, sin raices sólidas, se arrastran en un círculo mezquino, espiran al contacto de la mas vigorosa produccion del rico.

Sin civilizacion ni necesidades, como sucede en nuestras clases infelices, no hay idea del ahorro, sin ahorro no hay capital; ¿y qué es, qué vale la simple actividad humana sin ese poderoso auxiliar de la produccion?

Los pocos que poseen, ó dinero ú otros instrumentos de produccion, los encarecen, y apenas nace un esfuerzo cuando el buitre de la usura se apresta para devorar sus entrañas.

La clase obrera, pero esencialmente el peonaje, por esas causas de embrutecimiento, no halla similitud con el hombre; máquina ó fuerza motriz de la máquina, émulo de la acémila y del asno, ni tiene ni puede reclamar participio en las cosas que afectan á la comunidad inteligente y mejor dotada; de ahí la degradacion hasta el embrutecimiento en la paz, la barbarie hasta exceder al salvaje en las perturbaciones del orden y en las guerras de castas.

El sistema colonial, como esos insectos que depositan en el cuerpo humano huevecillos venenosos que lo pudren y agusanan, contribuyó eficazmente á este malestar.

Primero, por el cultivo preferente de estudios poco acomodados á las benéficas aplicaciones sociales, como la teología,

el foro. Segundo, por la ignorancia en que se mantuvo al pueblo. Tercero, por las restricciones y el odio al extranjero, interceptándonos los conocimientos con la Europa misma.

La segregacion del participio en los negocios públicos de los hijos del país hizo que de parte de los gobiernos la ciencia se reduce á esquilmar á los pueblos, de parte de estos á sustraerse á la accion gubernativa. En todo, la falta de confianza, la desaparicion del crédito, el aislamiento.

En Europa el sabio y el emprendedor, por su recíproco interes, se buscan; si uno ha desenvuelto una teoría, el otro, al practicarla, duplica su fortuna.

A su vez el obrero inteligente, el doméstico moralizado sirven; pero depositan generalmente una parte de sus ahorros que acrecen su fortuna y que le prometen que será un dia capitalista y protector de otros obreros.

Hé ahí la produccion favoreciéndose, las masas armonizando y los intereses equilibrándose, de modo que concurren fáciles á procurar la realizacion del ideal de la perfeccion humana.—DIJE.